

## Don Pedro Fermín de Vargas

Por Roberto M<sup>a</sup> Tisnés J., O.F.M.

*(Se ha conmemorado solemnemente en el pasado julio, el bicentenario del nacimiento en San Gil, del Precursor don Pedro Fermín de Vargas. Esta Revista se une al fausto suceso con la publicación de dos capítulos de la obra del Padre Tisnés titulada "Biografía de un Precursor", que próximamente verá la luz pública).*

### EN LA EXPEDICION BOTANICA

Bastarían las expediciones científicas enviadas por España a América en el siglo XVIII para convencer de mentirosos y mal intencionados a aquellos que proclaman que fue norma de España negar la ciencia y la cultura a sus posesiones ultramarinas.

Ya lo hemos proclamado así en el Capítulo I, y se puede confirmar por la historia de cualquiera de los países americanos, a los que llegaron muchos progresos intelectuales antes que a las posesiones inglesas del nuevo continente.

Vamos a dar breve cuenta de dichas expediciones.

Débase al espíritu clarividente de Carlos III y sus ministros. Y constituyen un claro timbre de gloria para este rey que en otras cosas pudo equivocarse y se equivocó ciertamente.

Una primera real medida fue dar orden a todos los virreyes y presidentes de América para que buscasen y remitiesen a Madrid cuantos objetos raros y curiosos encontrasen en los países de su mando y pertenecientes sobre todo a los tres reinos naturales: mineral, vegetal y animal. Sobra decir que las autoridades se esmeraron cumplidamente en atender y obedecer las reales órdenes con lo que prestaron una valiosísima colaboración a los vastos e importantes planes de Carlos III.

Podemos figurarnos la sensación que en Madrid produjeron tantos objetos allí enviados desde la lejana América, y el servicio que posteriormente prestaron a las ciencias naturales. Mas no fue sólo en Madrid. También en las posesiones españolas de América este dedicar-

se casi obligadamente a recolectar muestras de los tres reinos naturales, despertó la curiosidad e incitó como sin quererlo a estudiar y conocer aquellas ciencias, las que, como dice el Arzobispo González Suárez, eran casi desconocidas.

Enseguida vinieron las expediciones científicas destinadas al Perú, Méjico, Filipinas y Nueva Granada.

Fue la primera la del Perú, compuesta por José Dombey, médico y botánico francés, dos dibujantes (José Brune que murió en el Perú e Isidoro Gálvez que regresó a España) y tres naturales españoles: Hipólito Ruiz, José Pavón y Juan Tafalla. El principal resultado de sus 10 años de labores investigativas está en su **Flora Peruviana et Chilensis**, gran parte de la cual se conserva todavía inédita.

Martín Sesé, José Lacasta, V. Cervantes y Mociño recorrieron casi tres mil leguas por California, Méjico y Guatemala y algunas islas del Atlántico. A V. Cervantes se le mandaba fundar un Jardín Botánico y una cátedra de fitología en la capital de Nueva España.

Por fin, Cuéllar marchaba a explorar las islas Filipinas y Pineda, Née y Kenke empezaban un viaje de circunvalación de la tierra.

Todas estas expediciones costaron al Real Erario la suma de 400.000 pesos.

Admirable resulta este empuje científico español a finales del siglo XVIII.

Veamos ahora los comienzos y trabajos de la más famosa de estas expediciones: la **Expedición Botánica**, honra y gloria de Mutis, de España y de la Nueva Granada.

En 1761 se posesionaba del virreinato don Pedro Messía de la Cerda. Con él había llegado al virreinato en calidad de médico personal, el Dr. José Celestino Mutis, nacido en Cádiz el 6 de abril de 1732.

Bien pronto dio claras muestras de su piedad y de su ciencia. La primera llevóle al estado sacerdotal: el 19 de diciembre de 1772 era ordenado sacerdote.

La segunda impelióle a dedicarse a las ciencias naturales y astronómicas y a la enseñanza de las matemáticas en el Colegio del Rosario, y por fin, a fundar su colosal obra la **Expedición Botánica**.

Mucho antes de su ordenación sacerdotal había tenido esta idea. No pocos fueron los memoriales que con tal fin elevó a la Corte (Cartagena, 28 de mayo 1763, junio 1764 etc.). Cabe afirmar en justicia que se trata de una gloria personal de Mutis, muy al contrario de las demás expediciones, que se adelantó al propio Carlos III y que realizó sus ambiciosos proyectos gracias al Arzobispo-Virrey Caballero y Góngora y a sus colaboradores neogranadinos.

De manera provisional y por decreto de éste de 1 de abril de 1783, quedaba constituida así: director: José Celestino Mutis; segundo o auxiliar: Pbro. Eloy Valenzuela; dibujante: Pablo Antonio García.

Una Real Cédula del 1 de noviembre del mismo año integrábala definitivamente de la siguiente manera: director, primer botánico y astrónomo: José Celestino Mutis; segundo o subdirector: Pbro. Eloy Valenzuela; pintores o dibujantes: Pablo Antonio García, santaferense que por enfermedad se hubo de retirar en 1784; Pedro Caballero, natural de Cartagena; auxiliares: Fray Diego García, de Cartagena, Pe-

dro Fermín de Vargas, de Zipaquirá, Bruno Landete, español, José Camblor, geógrafo español. Posteriormente fueron contratados nuevos dibujantes; al llegar Humboldt al país eran 15 los artistas que trabajaban en la Expedición.

Pedro Fermín fue uno de los **comisionados** que trabajaron en la Expedición.

Estos tales "hacían largas excursiones por diversas partes del virreinato, recolectando ejemplares y acumulando datos. El más conocido y el más notable de ellos fue el franciscano cartagenero Fray Diego García, a quien Mutis debió conocer en Guaduas cuando aquél ejercía allí su ministerio sacerdotal. **Comisionados** eran también Pedro Fermín de Vargas, Bruno Landete y el geógrafo José Camblor" (1). Actuó por tanto nuestro biografiado como auxiliar o comisionado de la Expedición. La adición puesta a su nombre "de Zipaquirá", significa indudablemente que se le tenía como nacido en la villa de la sal.

Las labores por él realizadas en el año que permaneció como adjunto a la obra de Mutis quedan ya expresadas: recorrer el virreinato para recolectar ejemplares de plantas y acumular datos científicos. Tuviron principio en estas correrías el gran conocimiento que obtuvo Vargas del país y los datos que de ellas extrajo para sus posteriores trabajos científicos. Porque no creemos que alcanzara a publicar nada como auxiliar o comisionado de la Expedición. Fue Vergara y Vergara, el historiador de nuestra literatura, quien en el pasado siglo habló por vez primera de las publicaciones científicas de Vargas. Sobre este particular insistiremos más adelante.

Hasta cuándo permaneció Pedro Fermín como colaborador de Mutis? Tan sólo un año, como que ya en 1784 era llamado a servir en la secretaría del virreinato.

Ninguno de los historiadores que se toparon con Vargas en su camino señaló la vinculación del hijo de San Gil a la Expedición Botánica. Su más cumplido biógrafo hasta 1951, el venezolano Angel Grisanti, tampoco dice nada sobre el particular. Mala suerte del sangileño, porque bien merecía este recuerdo y hasta una pormenorización de sus actividades. Modernamente se le ha hecho justicia y ya se le nombra y recuerda junto a aquellos insignes colaboradores del inmortal gaditano, y se alaban y proclaman sus cualidades y talentos.

Aunque transitoria la vinculación de Vargas a la gran obra de Mutis, marca una etapa importante de su vida. Pudo descollar en ella, si otras circunstancias e impulsos no le hubieran arrastrado a muy distintas preocupaciones. Va ahora a dedicarse a la carrera administrativa. Quizá empezaba ya a planear sus futuras andanzas revolucionarias, y para ello nada mejor que conocer el virreinato y a sus gobernantes... Años más tarde volverá a vincularse a ella también de manera transi-

---

1) — Lorenzo Uribe Uribe, S. J.: "La Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada; su obra y sus pintores", en "Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales", vol. IX, Nos. 33 y 34 (mayo 1953), pág. 2. Bogotá.

toria. Sin embargo siempre conservó su afecto a esta magna empresa, y seguramente que tuvo a honra el haber tomado parte en los comienzos de la misma.

Alguna correspondencia hubo de tener con Mutis y demás colaboradores. Por desgracia no se ha conservado sino en breves fragmentos. Tampoco en la correspondencia mutisiana aparece Vargas mencionado, como sí lo es v. gr. el P. García.

Sus posteriores trabajos científicos podemos decir que son fruto de su formación rosarista y de su iniciación en las ciencias naturales adquirida en el Instituto que la constancia, la ciencia y el genio de Mutis fundara para su gloria, la de España y de Colombia.

Más adelante daremos a conocer los fragmentos de correspondencia entre Mutis y Vargas que han llegado hasta nosotros.

Mérito eminentísimo de Mutis es, no sólo haber creado la Expedición Botánica, sino el haber nutrido en las ciencias naturales a esa pléyade de alumnos y colaboradores suyos que fueron y serán su gloria. Bastará nombrar algunos: Valenzuela, Caldas, Lozano, Zea, Sinfonoso Mutis, Rizo, Vargas... Estos y otros muchos discípulos suyos en el Rosario formarán la posterior falange ideológica que señalará a la patria los senderos de libertad e independencia.

Nada más cierto entonces y ahora y siempre que la alabanza de Linneo al sabio gaditano: "**Gratulor tibi nomen inmortale quod nulla aetas unquam delebit**" Faltan palabras para alabar esta magna institución española y neogranadina que se denominó la Expedición Botánica.

Fue, como acertadamente escribe el Pbro. Dr. Enrique Pérez Arbeláez "un brote de superación, una ambición patriótica, una explosión de la altivez española, un delirio épico, con lo cual está dicha su grandeza, su fuerza devoradora de hombres, y asegurada, no importa para cuándo, su realización, mientras alienten españoles de sangre" (2).

Fue, además, el almacigo y semillero de los hombres de la revolución, por haberse formado en ella gran parte de los posteriores próceres y héroes de la patria. Fue un adelantarse a los problemas de su siglo, un enfocar con meridiana claridad y acierto la entraña misma de la patria, por medio del conocimiento y reconocimiento de sus recursos naturales, base imprescindible para el desarrollo y grandeza de una nación. Así lo están proclamando los trabajos que los colaboradores de Mutis llevaron a cabo y muy especialmente Don Pedro Fermín.

Sus diversos trabajos sobre la Nueva Granada revelan al estudioso formado en severas disciplinas, al investigador científico incansable e insaciable, al acertado diagnosticador de los problemas y necesidades básicas de un país y al erudito y castizo exponente de cuantas ideas y planes bullen en su mente.

Quizá ninguno como él, entre todos los colaboradores mutisianos, sobresaliera en estas disciplinas socio-económicas que en sus tiempos parecerían seguramente brillantes utopías o eruditas exageracio-

---

2) — Flora de la Real Expedición Botánica, vol. I, pág. 57. Madrid, 1953.

nes, y siglo y medio más tarde las vemos admitidas como verdades inconcusas. Lo cual dice no poco y habla muy alto de la inteligencia y visión del hijo de San Gil.

De aquí que con plenísima razón se le haya llamado el discípulo más aventajado de Mutis, a pesar de su corta permanencia al principio y transitoria vinculación después a la magna obra del eximio gaditano.

---

## EN LA SECRETARIA DEL VIRREINATO

Con su título doctoral, va ahora Pedro Fermín a comenzar su carrera pública. Podemos suponer que es más o menos conocido y apreciado, dados sus estudios, sus dotes y su transitoria vinculación a la obra mutisiana. No es raro, en consecuencia, que el arzobispo-*virrey* lo nombre en 1784 oficial cuarto de la secretaría del virreinato.

Poco después llegaba a Caballero y Góngora Real Orden de ocupar la costa del Darién, invadida hacía bastante tiempo por los ingleses. Debía además reducir a los indígenas sublevados y rebeldes a las autoridades españolas. En acatamiento a esta orden, el arzobispo-*virrey* se dirigió a Cartagena a fines de 1784. Entre los de su séquito marchaba nuestro biografiado.

El cronista Juan Ramírez Pérez al dar esta noticia en su diario y anotar en él que el 20 de octubre había salido el arzobispo rumbo a Cartagena, no deja de consignar la extrañeza que esto produjo. El común de las gentes no estaban al tanto de lo que por el Norte ocurría y de la necesidad de la presencia del mandatario en aquellas regiones.

El viaje a Cartagena era largo y pesado.

Primeramente por tierra hasta el puerto de Honda, en el cual emplearían no menos de tres o cuatro jornadas bien andadas, y después río arriba por el grande y caudaloso y turbulento río de la Magdalena en largo y casi inacabable bogar, con todas las incomodidades que se pueden suponer. De Mompós a Honda había gastado Mutis durante su subida a Santafé 20 días, como se desprende de su diario.

Acicate de todos era la deseada meta, Cartagena. Y quizá más que de ningún otro de Don Pedro Fermín que por vez primera iba a asomarse a aquella famosa ciudad y al mar que la circunda.

Sabemos que era ya de antigua la primera plaza de España en América.

La codicia que bucaneros, filibusteros y piratas le tenían, había obligado a la Corte española a hacer de ella un bastión de su soberanía en tierras americanas. De aquí las murallas con que fue rodeada, colosal obra para aquellos tiempos y también para los actuales. Varias veces había sido sitiada por piratas ingleses y siempre se había batido valerosamente. Nadie en el virreinato ignoraba la gloriosa hazaña de 1740 cuando Don Blas de Lezo, prototipo de la valentía española, había vencido al sitiador inglés Almirante Vernón que hubo de claudicar ante la reciedumbre hispana.

Todo esto ponía en los ánimos deseos incontenibles de conocer a la famosa y poderosa ciudad, puerta de España en América.

No debió por tanto de ser insignificante el regocijo de Don Pedro Fermín al hallarse en aquella legendaria ciudad, émula de Sagunto y de Numancia. Ni poco su asombro y admiración al contemplar aquellos castillos y murallas verdaderamente inmovibles y exponentes fidelísimos del valor y poderío hispanos.

También don Sebastián de Eslava, virrey en 1740, se había establecido en Cartagena para atender a su defensa. Ahora era el arzobispo-*virrey* el que llegaba a la misma por muy semejantes motivos.

A su lado, frente al mar y al oleaje va Pedro Fermín a dedicarse a sus deberes de oficial cuarto de la secretaría virreinal. Y en la ciudad heroica residirá hasta fines de 1787 y se dedicará de lleno al cumplimiento de sus deberes. Y lo hace tan de veras, que pasados tres años se resiente su salud, lo cual le obliga a solicitar un merecido descanso en clima más benigno y lejos de la baraunda de papeles y quehaceres oficinescos que en la ciudad de las murallas le cercan por todas partes. Un trabajo que creemos bastante agobiador unido al debilitante calor del puerto han derrotado los ánimos y bríos de Vargas, acostumbrado ya al clima saludable y frío de la capital del virreinato. El exceso de trabajo y el brusco cambio climatérico han quebrantado la salud del oficial de secretaría.

Todo esto nos lo explica él mismo en posterior memorial del 20 de agosto de 1789 al Virrey Ezpeleta, en el cual se lee: "Me mantuve en ella (Cartagena) hasta fines del de mil setecientos ochenta y siete, que con motivo de una larga enfermedad que contraí por el continuo ejercicio de la pluma, me hube de retirar con licencia a convalecer en país más benigno como efectivamente lo conseguí luego que dejé de escribir" (3).

Retirado temporalmente del servicio público, aprovecha esta oportunidad para dedicarse nuevamente a sus aficiones: las ciencias naturales y económicas con base en su personal observación e investigación. Seguramente que en esta oportunidad concluye escritos empezados antes y emprende la redacción de otros nuevos.

Además, es el propio arzobispo-*virrey* el que nuevamente lo vincula a la Expedición, al proponerle con muchos elogios para el cargo de Factor de Quina. Léase el párrafo que sobre el particular dedica Caballero y Góngora a su protegido en carta del 17 de abril de 1787 al Marqués de Sonora: "Por conclusión de todo hablo a V. M. de Don Pedro Fermín de Vargas, oficial de la Secretaría de este Virreinato, que va propuesto para la plaza de Factor del Ramo de Quina. Es sujeto de mi plena satisfacción. Ha vivido siempre a mi lado y le he distinguido por sus luces, por su conducta y por su aplicación. Nadie como él llenaría tan completamente el empleo a que va propuesto. Y aunque sus estudios, su genio y su carácter conspiran a formarle otro destino que sea menos material que el de Factor de Quina, con todo nóm-

---

3) — Archivo de Indias, Estado, legajo 638 N<sup>o</sup> 52.

brele V. M. para evitar contingencias. Vargas ha corrido con todos los asuntos de Historia Natural, de Minas y Fomento del Reino; en cuyas correspondencias se halla perfectamente instruído; y no me será fácil hallar otro que le suceda con la misma inteligencia y actividad. Y así siempre le conservaré a mi inmediación aunque sea Factor y se pondrá otro en aquel destino que sirva interinamente bajo la inspección de Mutis y con su acuerdo" (4).

El elogio que de Vargas hace el insigne mandatario neogranadino, no puede ser más cumplido. Resulta de él y de las afirmaciones de Caballero y Góngora, que Vargas desempeñaba algo así como una secretaría técnica económica en el gobierno y dirección del virreinato, de la que dependía todo lo relacionado con la historia natural, minas y fomento del reino. Por su inteligencia y actividad es difícil hallar quien pueda reemplazarle con la misma eficiencia, por lo que el virrey lo conservará a su lado aunque otro haga interinamente sus veces en dicho cargo, bajo la dirección de Mutis. El empleo de Factor del Ramo de Quina, muy material para Vargas como dice Caballero y Góngora, consistiría seguramente en la búsqueda y recolección de tan preciosa planta.

El arzobispo-*virrey* está decidido a nombrar a Vargas. Lo conoce muy bien y es el más a propósito para cumplir la real comisión. Por eso lo designa para tal oficio aunque en calidad de interino. Léase la comunicación que a este propósito dirige al Ministro Porlier; fechada en Cartagena el 31 de diciembre de 1788:

"A consecuencia de haber recibido el Director de la Real Expedición Botánica la Real Orden de 12 de mayo del que acaba por la que se le encarga derechamente el acopio de quina que se le encarga derechamente el acopio de quina que se ha de remitir a esos dominios, prescribiéndole el método y reglas para el más útil y acertado cumplimiento de su comisión, me propuso para factor de dichos acopios a Don Pedro Fermín de Vargas, sujeto cuyas circunstancias de ser su discípulo aprovechado y tal vez el único que puede ejecutar más acertadamente sus órdenes, le hicieron acreedor a que con consideración a hallarme encargado igualmente por la citada Real Orden de auxiliar las operaciones de este comisionado, le nombrase de factor interino de los mencionados acopios de quina, asignándole el sueldo de mil pesos anuales en los mismos términos que me lo propuso el citado Director en la carta de que incluyo copia, previniendo al Oficial Real de la Villa de Honda, que no le asistiese con el mencionado sueldo mientras no se asegurase con fiador abonado el reintegro de lo que hubiese recibido, siempre que por algún motivo no venga el Rey en aprobarlo. V. E. enterado de todo se servirá obtener de S. M. la resolución más acertada" (5).

---

4) — Cfr. "Flora de la Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada", t. XLIV, pág. 18. Madrid, 1954 y *Revista Javeriana*, t. XLII, N° 206 (julio 1954), pág. 55.

5) — Archivo de Indias, Estado, legajo N° 634, 2.

Vargas desempeña este cargo, mientras van y vienen las comunicaciones entre el virrey neogranadino y la Corte de Madrid. El hecho es que el Rey no aprobó el nombramiento, por lo que el 6 de mayo de 1788 el Virrey Gil y Lemos le ordenaba pasar a Santafé a seguir en su cargo de oficial cuarto de la secretaría.

Muy poca gracia debió hacer a Vargas esta nueva orden. Entre oficios y papeles había desmejorado grandemente su salud, por lo que hubo de retirarse temporalmente de estas ocupaciones; además, el sueldo era mísero y su familia numerosa. Todo esto lo expondrá en agosto de 1789 al Virrey Ezpeleta al pedirle se sirva nombrarle Corregidor de los Partidos de Zipaquirá y Ubaté. Con todo la decisión de Caballero y Góngora de tenerlo a su lado, haría que permaneciese más o menos constantemente en Santafé, o al menos que tuviera a esta ciudad como centro de operaciones.

Según esto, desde fines de 1787 tendríamos a Pedro Fermín desempeñando su nuevo empleo de manera temporal y mientras llegaba la real aprobación, o bien trabajando por la enseñanza, llevado de su afición. La decisión del virrey de tenerle a su intermediación, haría que permaneciese más o menos constantemente en Santafé.

Sabemos que Mutis había instalado en Mariquita su Cuartel General científico desde 1784 y que continuó allí hasta 1791, época esta la más fecunda y decisiva de la Expedición Botánica. Dice un autorizado conocedor de la obra mutisiana: "El de Mariquita es considerado como el tiempo más feliz y fecundo de la Expedición Botánica. En ese período el personal se compuso de hombres que dejaron luminosa estela en el estudio de la naturaleza neogranadina... Aparece también entre el personal, trabajando por la sola enseñanza, Pedro Fermín de Vargas, llamado en las cartas simplemente **nuestro Fermín**, joven algo levantisco, y quien de la expedición salió convertido en economista según un manuscrito concienzudo publicado recientemente por don José Manuel Forero sobre **Pensamientos Políticos y Memorias la Población del Nuevo Reino de Granada**, con estilo muy Mutis y muy Caballero y Góngora" (6).

Del año de 1787 son los párrafos de cartas que se conservan, dirigidas por Mutis a Vargas. El 4 de mayo le escribía desde Mariquita y le narraba sus trabajos y contrariedades. A esta misiva pertenecen estos dos párrafos que siempre se han publicado separados y como pertenecientes a cartas distintas, pero que para el Ilustrísimo González Suárez hacen parte de una sola carta: "Las numerosas colecciones depositadas en los almacenes que cierran dos costados del jardín, piden toda mi vigilancia y la del mayordomo primer pintor de la Expedición, siendo tan importante nuestra presencia mientras subsisten estos depósitos, que he tenido muchas veces de quedar desnudo en la calle, con la irreparable pérdida de biblioteca, láminas, manuscritos y colecciones, por la imprudencia de este vecindario y poca vigilancia de algu-

---

6) — "Flora de la Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada". c. XXII, pág. 73.

nos jueces en prohibirles, como lo tengo suplicado, los voladores de fuego en sus frecuentísimas fiestas y festejos...

“Es cosa maravillosa, por cierto, que hallándome así a las diez del día encendido, abrasado, de tan mal humor que yo mismo no me puedo sufrir, y me descompongo más a fuerza de reprimirme, es cosa maravillosa, repito, que al entrar en el agua, se disipa absolutamente todo, se corre como un velo, me vuelve la serenidad de ánimo y alegría de modo que no quisiera salir del baño: se me hacía duro perder allí tanto tiempo, pero me voy conformando con esta pérdida, por lo mucho que con ella gano. Allí pienso, allí combino, allí proyecto y a veces recelo si saldré algún día dando saltos desnudo, suceso que sentiría por estos malintencionados mariquiteños, que no imitarían la sencillez de los de Siracusa en disculpar las distracciones de Arquímedes” (7).

Y el 18 del mismo mes se refería en otra a las muestras de hierro de una mina de la provincia de Antioquia: “Es tanto y tan abundante, escríbele, que solo este Reino bastaría a proveer al universo”. González Suárez cree que se trataba más bien de “trozos de hierro meteórico” (8).

Por fin, fue en el año de 1788 cuando ocurrió el suceso-comprobación de la virtud y eficacia de la yerba o bejuco llamado **guaco**, contra la picadura de culebras, y en el que tan decisiva parte tuvo Vargas. Oigamos el relato que del hecho hizo el célebre pintor de la Expedición, al guadueño Francisco Javier Matís: En un cuaderno autógrafa narra cómo estando en Mariquita en 1788 se llegó hasta él el negro Pío, esclavo de Don José Armero, con una culebra en las manos. Adivinó Matís las contras que usaba para el veneno del reptil que eran bejuco carare, mecha y fruto del burro.

“—Y fuera de éstas usarías otras?, preguntóle Matís. A lo que contestó:

—Hace poco descubrí otra que me parece mejor que las nombradas. Y sacando del bolsillo una hoja me la mostró, y refiriéndome cómo había sido el descubrimiento dijo: Que estando desherbando unas yucas en la hacienda de su amo, vino un águila que nombran guaco, y se paró en un árbol; que estuvo cantando **guacó, guacó**, etc. y que luego se dejó caer entre el bosque; y oyéndole dar aletazos, le causó curiosidad ir a ver qué eran dichos aletazos; y vió al águila en acción de coger la culebra, la cual se le prendió, y en el instante levantó el vuelo, y se fue. El negro la siguió para ver dónde iría a caer, y vió que a la ceja del bosque se sentó, y comió de las hojas del bejuco guaco, y retrocedió en busca de la culebra, y la halló en el mismo sitio, y la cogió y se la llevó a comérsela a otra parte: que fue el negro y reconoció de las hojas que había comido, y reflexionó: cuando este animal ha comido de este bejuco, buena contra será.

---

7) — Federico González Suárez: “Memoria Histórica sobre Mutis y la Expedición Bogotá, en el siglo pasado”, págs. 71 nota y 67 y 68 nota. Quito, 1888.

8) — Federico González Suárez: “Memoria Histórica sobre Mutis y la Expedición Bogotá, en el siglo pasado”, p. 6.

Ya he aplicado, añadió, a seis el sumo puro bebido y frotado en las picadas, y ninguno ha muerto.

—Díjole: buen descubrimiento has hecho.

Comunicó Matís a Mutis el descubrimiento del negro.

Creyó el director de la Expedición que Pío extraía los colmillos a las serpientes, pero el negro se encargó de probar a Matís que no hacía tal cosa, al aparecérselo con una taya y mostrarle los colmillos de la misma al famoso pintor. Comunicó esto Matís a Mutis, y éste mandó traer a su presencia al negro.

—Te atreves a curar al señor Matís?, le preguntó el sabio gitano.

—Sí, mi amo.

—Yo te avisaré cuándo. No dejes de pasar acá siempre que vengas de la hacienda, y tráeme de cuantas cosas hallares por esos bosques, sean culebras, cucarrones u otros animalitos, que yo te regalaré.

Al otro día fuí al campo y bosques y traje tres matas chicas de guaco, y las sembré en la huerta.

Al cabo de cinco meses, algo más, aparecieron los señores doctor Ugalde, canónigo, el padre Alvarez, jesuíta y el doctor Pedro Fermín de Vargas; y al tiempo de comer, el doctor Mutis les refirió la noticia del guaco diciéndoles:

—Tengo una empresa entre manos que si llego a verificarla será cosa que asombre a todo el mundo.

—Díjole el doctor Vargas: señor, una cosa como esa no debe dejar al tiempo, y así se debe poner por obra.

—Díjole el doctor Mutis: si quieren mandaré donde don José Armero por el negro.

—Sí, señor, dijo el doctor Vargas.

Mandó el doctor Mutis recado a dicho señor Armero. Contestó no estar el negro en la ciudad, que al otro día vendría. En efecto, al otro día apareció como a las tres de la tarde.

—Díjole el doctor Mutis: estos señores quieren que los cures; ve si te atreves.

Respondió que sí.

—Díjole el doctor Vargas: vamos a la obra.

—Díjole el negro: no, mi amo: ahora no; eso ha de ser por la mañana.

—Bien, dijo el señor Vargas; prevé lo que sea necesario y ven acá por la mañana.

Llevé al negro a las huertas y cogimos hartas hojas de las dichas matas, que había sembrado hace más de cinco meses, que estaban muy viciosas; vinimos a la cocina, machacamos bien las hojas, las envolvimos en un trapo, exprimimos el zumo y lo guardamos en un vaso.

Al otro día nos inculó el veneno a quince. Matís fue el primero, luego el doctor Pedro Fermín de Vargas, y después los demás dependientes de la botánica. La inoculación fue en las manos, pechos y pies, tajándome con una navaja de barba, tres tajos en el cutis, y untarme el zumo puro, y una cucharada de zumo puro que tomé. Diez y ocho incisiones me hizo y lo mismo ejecutó con los demás.

—El Dr. Vargas le dijo y ahora podemos coger una culebra?

—Sí, señor.

—Y si nos pica?

—No tenga cuidado, mi amo.

—Pues anda y tráenos una.

Fue el negro y nos trajo una **Tayaequis, como de una vara** algo más de larga; la puso en el suelo.

—El dicho señor Vargas le dijo: la cojo?

—Sí, mi amo. No ve su merced cómo la cojo yo?

Y la alzó y se la envolvió en el brazo izquierdo, la sobó por encima y la culebra no hizo acción de picarlo. Púsola en el suelo.

Siguió el doctor Vargas y la alzó; hizo la misma acción de olerle las manos, púsola en el suelo.

Y por más que les insté a los demás curados que la alzaran no hubo otro que se atreviera a alzarla.

Cogila segunda vez: hizo la misma acción de olerme las manos. Díjoles a los demás: ven ustedes? ¡Y están con miedo! No fue posible.

Yo, Matís, me quedé pensando: si la culebra no pica a alguno, no quedo satisfecho de la curación. Me atreví a irritarla, haciendo reflexión: qué puede ser? Aunque me pique, aquí está el curandero, a quien le tengo fe. En efecto, me agaché y le fuí rascando por encima; algo se encogía; y ya que me acerqué a la cabeza, como a una cuarta poco más o menos, revolvió con ligereza, y se me prendió, clavándose dos colmillos en los dos dedos centrales de la mano derecha. En el instante me apreté con la mano izquierda para exprimir el veneno. El negro, que tenía en la boca hoja mascada del dicho guaco, me tomó la mano y chupó donde le mostré me había picado y escupió y me dijo:

—No tenga su merced cuidado.

El doctor Mutis que estaba acompañado de los sacerdotes que estaban observando, díjole al negro:

—Toma tu culebra y llévatela y no te vayas de la ciudad, no sea que vayamos a tener alguna novedad en Matís.

—No, mi amo, no me iré.

Todos se quedaron en expectación, como es natural, y yo me fuí a mi asiento a seguir en la pintura.

El doctor Mutis entró a la antesala y tomó un libro, y de rato en rato me preguntaba:

—Querido, siente usted algo?

—No, señor.

—Cuidado al punto que Ud. sienta alguna novedad, avise Ud.

Hasta el otro día me preguntó el doctor Vargas si había sentido alguna novedad. Díjele que no.

—Díjole el doctor Mutis: señor, el arresto de Matís nos ha hecho ver la certidumbre de la contra.

El doctor Pedro Fermín de Vargas hizo la descripción de este descubrimiento, y lo remitió a esta capital en dicho año, y aquí lo estamparon en el periódico que entonces se publicaba" (9).

---

9) — *Florentino Vezga*: "Botánica Indígena", págs. 40-47. Bogotá, 1936.

Dice a continuación cómo se propagó en Mariquita esta noticia de tal modo que los muchachos, inmunizados con la yerba, comenzaron a jugar con las culebras venenosas, hasta que cierto día a uno de los picados se le ocurrió bañarse, por lo que estuvo a punto de morir, aunque parece que el negro de marras logró salvarlo.

Este suceso acabó con tales juegos.

Y no termina aquí la historia. En las páginas 48-51 se pone de presente la eficacia del guaco contra las mordeduras de **perros rabiosos...**

Este descubrimiento parece que tuvo resonancia internacional. En la página 53 se dice que “experiencias arriesgadas hechas en la casa de Mutis por los señores Zea, Vargas y Matís, en las cuales se les ha visto manejar impunemente las víboras más venenosas, han sido descritas en el “Semanario de Agricultura” de Madrid, 1798, tomo 6<sup>o</sup> pág 397”.

En el capítulo XXII volveremos sobre este tema.

El héroe de este trascendental experimento fue sin duda alguna Matís. También a don Pedro Fermín cabe algún mérito, aunque no se hubiera hecho picar según parece. Además, fue el divulgador de tan excepcional descubrimiento.

Estos fugaces contactos con la Expedición y con sus integrantes, nos hacen pensar que en Vargas alentaba un naturalista, un científico y que seguía paso a paso los adelantos y triunfos de la institución a la que había pertenecido.

Terminada la licencia que había pedido, vuelve a sus habituales trabajos de secretaria, hasta que es llamado a ocupar posición más destacada como corregidor interino de Zipaquirá y Ubaté.